

Antrópica

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades



UADY
UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE YUCATÁN

MIAR

Matriz de Información para el
Análisis de Revistas





Dos calamitosos en el inicio de la revolución de independencia en Zacatecas

Two calamitous at the beginning of the revolution of independence in Zacatecas

José Arturo Burciaga Campos

Universidad Autónoma de Zacatecas (Zacatecas, México).

Recibido: 19 de junio de 2017.

Aprobado: 23 de abril de 2018.

El siguiente artículo fue presentado como Conferencia Magistral en el Congreso Nacional de Humanidades, realizado los días 26, 27 Y 28 de abril de 2017, realizado en la Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

Resumen

En este texto se da cuenta las vicisitudes de dos personajes con influencia en el inicio de la revolución de independencia en la región de San Luis Potosí y Zacatecas de la Nueva España. Sus correrías los hicieron famosos pero denostados y calificados, Rafael Iriarte como traidor a la causa insurgente y Francisco Álvarez, realista, como cruel y sanguinario. El destino de los dos fue muy diferente. Iriarte fue fusilado tempranamente en el proceso de revolución y Álvarez sobrevivió más allá de la consumación de independencia. En esta investigación son analizadas las actuaciones de ambos personajes y su influencia en los inicios de la guerra en el centro norte novohispano.

Palabras clave: Zacatecas, revolución de independencia, insurgentes, realistas, Rafael Iriarte, Francisco Álvarez

Summary

Realizes about the vicissitudes of two characters with influence on the beginning of the independence revolution in the region of San Luis Potosi and Zacatecas in New Spain. Their forays made them famous but reviled and qualified Rafael Iriarte as a traitor to the insurgent cause and Francisco Alvarez, realistic, as cruel and bloodthirsty. The fate of the two was very different. Iriarte was shot early in the process of revolution and Alvarez survived beyond the consummation of independence. The actions of both characters and their influence on the beginnings of the war in the north novo Hispanic center are analyzed.

Keywords: Zacatecas, independence revolution, insurgents, realistic, Rafael Iriarte, Francisco Alvarez

Introducción

Los acontecimientos revolucionarios de 1810 en la Nueva España tienen una gran cantidad de líneas de análisis y estudio en aras de los intereses por una historiografía en busca de su renovación permanente. Todo esto a partir de la interpretación histórica en esas mismas grandes líneas, que, a su vez, deviene lo mismo a líneas sufragáneas. Las figuras de los hechos revolucionarios entre 1810 y 1821 en la Nueva España fueron contradictorias, divergentes y convergentes, de máxima talla o de mínima representatividad. A este propósito destacan dos personajes contradictorios: Rafael Iriarte y José Antonio Álvarez. Sus acciones en el contexto del Zacatecas de la independencia, influyeron en acontecimientos, definieron destinos y cambiaron los rumbos de una sociedad enfrentada a los asombrosos y desoladores acontecimientos sucedidos desde el llamado del cura Miguel Hidalgo en el pueblo de Dolores, Intendencia de Guanajuato, la mañana del 16 de septiembre de 1810.

Aunque no es la intención del presente trabajo, hay que recordar, al menos, uno de los factores importantes en los acontecimientos revolucionarios iniciados en 1810 en la Nueva España: la importancia de las regiones y las élites regionales en dicho proceso. Una reflexión sobre los espacios regionales diferenciados funciona en este sentido. Para Zacatecas, sus riquezas minerales fueron un factor decisivo en la dinámica de guerra, al ser uno de los enclaves económicos de mayor importancia en la Nueva España.

En la construcción del imaginario independentista, las figuras de héroes y villanos fue compleja. Aún lo es. Más compleja es la reconstrucción de los antihéroes.

A estos ha de identificárseles con los *disidentes*. Al fin, disienten de un estado de cosas, de un régimen, de un grupo de hombres con opiniones e ideas diferenciadas con respecto de otros. El héroe y el antihéroe son disidentes permanentes, imbuidos en sus ideales, sus luchas internas, sus melancolías, sus temores, sus virtudes y sus defectos. Al fin, son humanos. Hemos de seguir presupuestos teóricos para definir al antihéroe identificado, tal vez arbitrariamente de nuestra parte, como un disidente. Esta acción divergente expresa un conflicto subyacente o explícito sobre los valores que dan sustento a las normas. El disidente encuentra, en solitario o en compañía, eco de sus ideales en un conjunto más amplio de personas, pero también el rechazo de otros (Iriarte y Álvarez, queridos o aceptados por unos, odiados por otros). Este es definido por sus relaciones con la autoridad. En Iriarte y Álvarez está claro. Las autoridades novohispanas delinearon, los obligaron –como a muchos otros personajes en toda la geografía hispanoamericana en la época de las revoluciones de Independencia¹– a convertirse en antihéroes. Hay reconocimiento social (o un rechazo) ante la oposición. El disidente puede desafiar al orden establecido, aún al mismo que obedece o sigue. En este sentido, Álvarez, rompió las propias normas de las autoridades españolas a las cuales servía (actuó por cuenta propia y tomó decisiones personales). De Iriarte su desafío

¹ Una muestra de esto es el caso representativo del mulato Francisco Ríos, el Quitacapas. Se trata de un antihéroe poco conocido, que entra en la categoría del disidente por su relación contradictoria con la autoridad de la Audiencia de La Plata, en el Alto Perú. Debemos de recordar que los acontecimientos del 25 de mayo de 1809, en la villa de la Plata, donde tuvo una participación activa el Quitacapas, fueron la chispa, los primeros brotes de rebelión contra el gobierno español en la Hispanoamérica colonial. Mendoza (2009).



fue doblemente grave, por supuesto, dado que estaba en contra del régimen. Los disidentes pueden alcanzar un lugar privilegiado y celebrado, sin embargo, en los casos de Iriarte y Álvarez, no. (Castro, 2003: 7-17).

La historiografía actual obliga a un revisionismo histórico “para dejar bien claro” el papel de los agentes históricos en los acontecimientos trascendentales de una localidad, un pueblo, una región o un país. En ocasiones se va más allá y la intención de buscar claridad, puede llegar a inusitados resultados. El extremo, el grado supremo, es lograr “convertir” en héroe al que siempre ha estado condenado por la historia oficial o la historiografía como antihéroe² y viceversa. En otras ocasiones se llega al modesto nivel de un recuento renovado y de emitir algunas hipótesis no empleadas antes en un caso sobre un agente histórico concreto. En este ensayo se pretende tal cosa.

Marco conceptual o Revisión bibliográfica

1. El “río revuelto” y los “remolinos” de la guerra

José Antonio García le pidió de forma escrita a dos personas de su confianza, desde fuera de la ciudad de Zacatecas, que le dijeran al coronel don Víctor Rosales que tenía que salir de la ciudad cuando entrara en ella don Félix María Calleja. García se hallaba culpado “por nada” en la cárcel. Él se quejaba de que el juez estaba cometiendo tropelías e injusticias y pedía a los destinatarios de su carta que no repararan en gastos porque él se los cubriría en cuanto le fuera posible.

En el mes de diciembre la efervescencia ya era demasiada. José María Sotomayor, un capitán comisionado en el cuartel de la ciudad de Zacatecas, concedió comisión y amplias facultades al alférez don Vicente Camacho con el fin de hacer redadas y tomar presos a los europeos que encontrara, cargando consigo las denuncias generadas en el distrito de la ciudad y registrar los nombres de los usurpados (AEHZ, 1811: s.p.). En ese mismo tenor, el capitán realista Vicente de Gaztañeta, en una carta dirigida a la Junta de Seguridad y Requisición, hacía alusión a un indulto dado por el comandante Francisco Álvarez a Vicente Camacho, el cual fue acusado de recibir en su casa a insurgentes. En la misma, suplicó al presidente de la Junta de Seguridad que fuese revisado su caso por estar preso en la cárcel de la ciudad de Zacatecas debido a la acusación y diligencias del capitán Vicente Gaztañeta, a pesar del indulto otorgado por Francisco Álvarez, “uno de los jefes de las tropas de nuestro Soberano”. Camacho se quejó de la llegada de los soldados de Gaztañeta a la casa donde se encontraba alojado, quienes allanaron y se apoderaron de las cosas de comer y todo cuanto había en la vivienda, para, por último, apresar al propio Vicente sin informarle de “los méritos para tan injusta prisión”. Camacho informó a la Junta, en descargo, que toda la ropa encontrada en la casa por los soldados de Gaztañeta no pertenecía a su persona. (AHEZ, 2011: s.p.) El presidente de la Junta, don José Jaramillo, estuvo de manera activa informando al cura comandante sobre los reos insurgentes, tales como José Mora, por el robo de mulas, así como del domicilio de otras implicadas con los insurgentes como el de Luisa Flores. (AHEZ, 2011: s.p.)

Quienes más resintieron las calamidades del inicio de la guerra de independencia fueron los comerciantes. En la ciudad de Zacatecas el comercio establecido, sobre todo en la calle de

2 Para un estudio completo de la figura de héroe y su antagonista, véase Chust y Mínguez (2003).



Tacuba, era uno de los más sólidos en el septentrión novohispano, superado tan sólo por el existente en ciudades como Guanajuato, México o Puebla. Cuando llegó la noticia del levantamiento y contagio de la lucha en la intendencia de Guanajuato, el conde de Santiago de la Laguna llegó con el intendente Francisco Rendón y el apoyo de 200 hombres. Pero “el intendente no pudo contener la auténtica estampida de gachupines, comerciantes y mineros que huyeron despavoridos de Zacatecas” (Enciso, 2010: 75). Dejaron atrás de sí deudas con operarios de las minas y otras personas arremolinadas frente a la casa del intendente, a quien exigían no permitir la huida de los europeos sin ser pagados sus jornales (Amador, 2010:14).

Uno de los testimonios más representativos sobre una revuelta y arremolinada realidad contra los intereses del comercio local, es el de Joaquín José Bolado, en el cual aparecen las figuras y acciones de Rafael Iriarte y José Francisco Álvarez. La cadena de saqueos a tiendas de todo el corredor del Téul-Tlaltenango-Jerez-Zacatecas fue perpetrada por diferentes huestes de insurgentes que recorrieron los poblados y las rancherías al fragor de las batallas, insufladas por los acontecimientos y las noticias provenientes desde la intendencia de Guanajuato. En Colotlán fue asaltada la tienda de don Juan Antonio Campa por orden del coronel don Mariano Suárez, quien se llevó a las casas reales la mercancía. Esta terminó repartida entre la soldadesca y los indios acompañantes de los insurgentes destacados en aquella región: sabanillas, frazadas y sombreros (AHEZ, 2011-2014). Incluso, un padre de apellido Ramírez saqueó las tiendas de los comerciantes europeos radicados en el Téul. Este hizo un gran negocio con el saqueo ya que vendió las mercancías a un tal Barbosa, entre las que se encontraban dulces, jabón y mercadería. Otros productos como maíz, sillas de montar, gruperas, cuartas y demás fueron sustraídos y llevados hasta Tlaltenango a lomo de varias mulas; se presume que grandes cantidades del cereal fueron robados de las tiendas del Téul.

Por otra parte, es importante mencionar la comunicación o declaración de Joaquín Bolado al cura comandante José Francisco Álvarez, dado que es elocuente y reflejó el enorme desorden desatado en la revolución del centro y norte de Nueva España:

En principios de octubre último, he padecido en esta ciudad el grandísimo trastorno de haber perdido todos mis bienes envolviéndose en esta desgracia los que pertenecían a mi tía, doña María Josefa de Ayala, y constan por escritura del dos de diciembre del año de 1802, y otros varios que estaban a mi cargo (AHEZ, 2011-2014).

En la misma, acusa a don José Francisco Castañeda de haberlo perseguido y de cometer varios excesos por su “inclinación al robo”. El daño ascendía, según cálculos de Bolado a cincuenta o sesenta mil pesos, toda una fortuna en la época. Bolado expresa directamente el río revuelto del torbellino de la guerra: “Él [Francisco Castañeda] sin duda se aprovechó de la situación, siete días antes de que entrara a la ciudad el intruso mariscal [Rafael] Iriarte, del todo o la mayor parte de mi caudal que no bajaba de cien mil pesos”. Según el testimonio, una parte fue robada en Arroyo de En medio, camino al real del Fresnillo, y otra en el puesto de Nuestra Señora de Guadalupe, rumbo a Saltillo, y gran parte de la mercancía fue vendida en la misma ciudad de Zacatecas en la



casa del alcalde Cesario Velasco. La queja fue recibida por José Francisco Álvarez en el cuartel de dragones en septiembre de 1811. Éste anotó en el expediente que se hiciera notificación al acusado de lo demandado por Joaquín Bolado y así respondiera los descargos. En suerte de Bolado, Francisco Castañeda no estaba lejos para responder a la demanda, dado que estaba en la real cárcel desde ocho meses atrás, es decir, desde abril de 1811 a causa de su filiación a la insurrección. Castañeda quiso acogerse al indulto real (dado por Fernando VII) en Tlaltenango, pero fue remitido a Colotlán donde el cura comandante Álvarez le tomaría una declaración, lo cual nunca se verificó. Al parecer, el destino de Castañeda fue el de otros prisioneros de guerra que hicieron el mismo recorrido: de Durango y luego a Sombrerete. Le fueron puestos grilletes durante dos meses, tiempo en que pensó iba a morir. Por supuesto, Castañeda negó no deberle “ni un octavo de real a Joaquín Bolado”. (AHEZ, 2011-2014: s.p.)

En una de sus declaraciones relató su versión sobre la guerra y sus efectos en suelo zacatecano. Dio a conocer, por ejemplo, el cómo llegó al cargo de intendente el conde de Santiago de la Laguna, de tal manera que Castañeda sólo quedó en funciones de alcalde ordinario de primer voto para el que lo había habilitado el intendente propietario, don Francisco Rendón; también de la manera en la que el cura del burgo de San Cosme, doctor don José María Cos, se había ofrecido a ir a buscar al cabecilla de todo el movimiento, Miguel Hidalgo, con el “objeto de inculcar sus intenciones y diligenciar no se invadiera a esta provincia, hasta que por la superioridad respectiva se decidiera cuál era la justa causa de todo” y también, de cómo el conde de Santiago de la Laguna fue instado por el propio Rafael Iriarte de tener agrupados a todos los europeos de la ciudad. (AHEZ, 2011-2014: 17)

Los remolinos de la guerra levantaron personas, casas y bienes; arrastró la tranquilidad de los zacatecanos quienes no sabían por cuál lado iban a llegar las calamidades. A las entradas abruptas de los insurgentes le siguieron las de los realistas, tal como la del 16 de febrero, cuando el jefe de las tropas de Provincias Internas, José Manuel Ochoa, entró a sangre y fuego a recobrar violentamente la plaza de la ciudad de Zacatecas, batiendo la resistencia de los insurgentes que habían quedado en ella (Enciso, 2010: s.p.). Para desgracia (¿o fortuna?) de los habitantes de la ciudad, nuevamente, el 15 de abril, llegó Ignacio López Rayón, quien había tomado el relevo de los jefes insurgentes que estaban prisioneros y sometidos a juicios de guerra e inquisitoriales. Rayón ordenó se respetasen las propiedades y las vidas e instó a los habitantes a que continuaran con sus actividades y su vida normal a cambio de jurar fidelidad al gobierno que se estableciera. El general español, vallisoletano, Félix María Calleja avanzó personalmente a Zacatecas para retomar la plaza. López Rayón dividió su tropa y envió parte de ella al mando de Víctor Rosales y ambos salieron de la ciudad antes del arribo de Calleja. Pese al indulto existente para los insurgentes, Calleja fusiló el primer día de su llegada a trece sospechosos de insurgencia y otros más en días siguientes (Enciso, 2010: s.p.; Amador, 2010: s.p.). El fragor de la guerra se extendió casi al mismo tiempo a Calvillo, Aguascalientes, Pinos, Ojuelos, Ojocaliente, Guadalupe, Fresnillo, Río Grande, Nieves, Sombrerete, Valparaíso, y Jerez; y llegó hasta el sur de la intendencia a Tlaltenango, El Téul, Villanueva, Jalpa, Nochistlán y Juchipila.



2. En Zacatecas: dos principales calamitosos, uno por bando

En los primeros días de noviembre, entró a la ciudad de Zacatecas el contingente de Rafael Iriarte quien había tenido un acuerdo con los *juntistas*³ que dirigían ya el llamado cabildo americano. Están consignados los primeros desmanes de los insurgentes comandados por Iriarte; ellos se dedicaron a los saqueos con “singular alegría” mientras en el sur de la intendencia, en Tlaltenango y Juchipila, se movilizaban fuerzas rebeldes compuestas por pueblos de indios inconformes. En ese trance del movimiento, suscitado por los hombres de Iriarte en la capital de la intendencia, fue cuando se sumó a las fuerzas rebeldes el patriota Víctor Rosales, quien hizo un largo camino desde su oficio de panadero y administrador de la alhóndiga, hasta llegar a convertirse en uno de los principales héroes de la Independencia de México. Rosales, de hecho, se unió a Iriarte en Aguascalientes (Enciso, 2010: s.p.).

La influencia de Rafael Iriarte llegó hasta el sur de Zacatecas donde ordenó o comisionó a Daniel Camarena –insurgente también connotado en la intendencia de Zacatecas– a llevar la insurrección en esa zona. Autorizado para secuestrar los bienes de los españoles, Camarena logró apresar, cerca de Bolaños, al intendente de Zacatecas, don Francisco Rendón, llevándolo ante el cura Miguel Hidalgo para luego acompañar a éste en su derrota en el Puente Calderón. Mal había de acabar Camarena porque fue apresado y luego fusilado por la espalda con el cargo alta traición al rey en la plazuela de San Felipe, en Lagos el 22 de febrero de 1811. Su cadáver estuvo colgado durante un mes hasta que el cura de Lagos, don Mariano Jaureguí, tuvo licencia para darle sepultura. Camarena fue “un temible guerrillero que obraba en combinación con don Rafael Iriarte” (Quirarte, 1960:139).

En las primeras incursiones del ejército realista por el sur de Zacatecas, llegó José Francisco Álvarez, benevolentemente llamado “el cura coronel” y no el “Cura Chicharronero” como se le conocía entre el bando insurgente. El apodo le vino perfecto porque en el trance de ajusticiar a algunos de sus enemigos, azuzaba a sus subalternos: “échale, hijo, échale lumbre hasta que huelga a chicharrón” (Amador, 2010: 140).

La calamidad de la guerra recayó en el vecindario de Nochistlán, en el sur de Zacatecas, sin embargo, la desgracia se hizo más notoria debido a que Álvarez acantonó su tropa de “Patriotas” en las casas del hospital y exigió a todos los habitantes un préstamo forzoso, maíz y cuotas para alimentar y pagarle a los soldados del Rey. Esta situación duró, aunque ya sin Álvarez ahí, hasta el final de la guerra, en 1821. De tal forma, los habitantes de la Intendencia de Zacatecas, “se veían fustigados por dos lados: despojo de los insurgentes y despojo a título de préstamo, del gobierno realista. En 1822 cesaron ambas calamidades” (Quirarte, 1960: 142).

3 Sistema de Juntas americanas que reconocieron a la Junta de Sevilla, luego a la Central y a la Regencia en el periodo de la crisis de la monarquía española luego que Carlos IV abdicó a favor de Napoleón. El pánico a que José I, hermano de Napoleón, reclamara su patrimonio americano fue un elemento decisivo para la constitución de juntas como la de Buenos Aires. Las Juntas no promovieron ningún movimiento autonomista o independentista, ni fue una confrontación nacional español-criolla ni peninsular-americana, al menos hasta 1810 (Chust, 2007: 23, 24 y 27).



3. Rafael Iriarte: un camino frustrado al santoral de la Independencia

José Rafael de Iriarte y Leitón, mejor conocido como el “Cabo Leiton o Leyton” fue alumno de un colegio en Guadalajara (Burciaga, 2007: 121). Este estuvo al mando de Félix María Calleja, comandante de la Brigada de San Luis Potosí y fue uno de los primeros que reunió un considerable ejército insurgente en San Luis Potosí pocos días después del levantamiento de Miguel Hidalgo en el pueblo de Dolores, intendencia de Guanajuato. A finales de 1810 se convirtió en el principal insurgente en el corredor Zacatecas-Aguascalientes-San Luis Potosí. Hay dudas sobre el origen del Cabo Leyton. Se cree fue originario de San Luis Potosí, aunque Elías Amador dice que “algún autor (no precisa quién) supone que fue de Zacatecas”. (2011: s.p.)

Las acciones de Iriarte a favor de la insurgencia fueron también producto de las circunstancias, tal como la de su encuentro con el doctor José María Cos. Este cura del burgo de San Cosme –cercano a la capital de la intendencia de Zacatecas– viajó al encuentro de Miguel Hidalgo para conferenciar sobre los fines y tendencias del movimiento revolucionario. En Aguascalientes, Cos se encontró con Iriarte quien lo conminó a unirse a la insurgencia y a abogar por que el movimiento fuera bien recibido por los habitantes de la provincia de Zacatecas (Arredondo, 2010: s.p.). Iriarte aconsejó a Cos de ir a buscar respuestas con el Excelentísimo General de América, Miguel Hidalgo.

Rafael pudo entrar sin problemas a Zacatecas el 3 de noviembre de 1810. La simpatía estaba de su lado entre la mayoría de la población de las minas de Zacatecas, pero se encontraba de igual manera sustentada en el temor de que este perpetrara desmanes contra los bienes de la ciudad y, particularmente, contra los españoles (europeos en el lenguaje de la época). Como se señaló anteriormente, Iriarte preparó el terreno para que los comerciantes y mineros pudieran de la ciudad estuvieran a su servicio y tener así acceso a recursos de financiamiento de guerra. Una de los pasajes más famosos de Iriarte en Zacatecas fue el banquete que le ofrecieron clérigos notables de la ciudad, a quienes después se les acusó de infidencia por el “magnífico” recibimiento hecho al Cabo Leyton. Iriarte, como todo novohispano, profesaba la religión única y hasta la respetaba. En una carta al doctor José María Cos mencionó: “También es importante que quede V.S. instruido que el sacerdocio, mirado con desprecio por la soberbia y falta de religión de los europeos, se trata de sublimarlo al grado de veneración y respeto que le debe todo católico, con penas muy serias a los contraventores” (Amador, 2010: 31).

Las campañas de Iriarte no tienen comparación en número con las de José Francisco Álvarez. El Cabo Leyton, luego de haber estado en Zacatecas, se desplazó a San Luis Potosí “donde provocó un saqueo y un desorden horroroso” (Amador, 2010: 34). También estuvo en Fresnillo, Aguascalientes, Guanajuato, Guadalajara, Norias de Baján y Saltillo. Aquí terminó su corta carrera militar. Iriarte, en opinión de Amador, fue un “verdadero facineroso” que había utilizado varios nombres, como Martínez y Laiton, para ocultar sus fechorías (Amador, 2010: 35).

Iriarte cayó en desgracia por ser sospechoso de infidencia para el general Ignacio Allende, quien dio la orden a Ignacio López Rayón de que lo fusilaran en cuanto se presentara. Esto sucedió después que los principales jefes insurgentes fueron aprehendidos en Norias de Baján. “Iriarte, cuya conducta se venía haciendo más y más sospechosa a los ojos de Ignacio Allende desde el



comienzo de la insurrección, fue el único que con algunos soldados pudo escaparse de Acatita de Baján, circunstancia que avivó más las sospechas que Rayón abrigaba contra el Cabo Leiton” (Amador, 2010: 50; Rodríguez, 1977: 315). Cuando se presentó en Saltillo ante Ignacio López Rayón, este lo fusiló sin más averiguaciones. Se cree que el Cabo Leyton no acudió al llamado de Hidalgo para apoyar en la lucha del Puente Calderón, cerca de Guadalajara, porque se encontraba preparando la batalla en Fresnillo contra las tropas de Provincias Internas, la cual mermó la capacidad de su ejército y le impidió acudir a Guadalajara a auxiliar a Hidalgo. El historiador Elías Amador escribió sobre la desgracia de Iriarte por no haber accedido al santoral de la Guerra de Independencia debido a su prematura muerte en los inicios de la lucha autonomista novohispana:

Lástima es, en verdad, que uno de los primeros que se apresuraron a secundar el glorioso Grito de Dolores, logrando reunir en pocos días, bajo las libertadoras banderas, un número (*sic*) grupo de defensores de la patria no hubiera sabido guiar a éstos por la senda del orden y del verdadero patriotismo, dándoles personalmente un ejemplo digno y honroso (Amador, 2011: 24).

4. Francisco Álvarez, maloso protegido desde el cielo

En las batallas por la ciudad de Zacatecas, José Francisco Álvarez Chávez se dejó notar cuando el 16 de febrero de 1811 encabezó una fuerza de dos caballerías y una de indios tarahumaras para tomar las baterías de los insurgentes, una de tres cañones en la plaza de la Alhóndiga y otras de cinco pedreros en la plaza Real. Haciendo creer que iba al frente de grandes columnas de soldados, Álvarez comenzó a cerrar callejones y a recuperar terreno ganado por la insurgencia. Al día siguiente, el cura comandante se trasladó con otra fuerza al puesto de Guadalupe, cercano a la ciudad de Zacatecas, para quitarles una caballada a sus opositores. En una carta del clérigo José Francisco de Gandarilla al obispo de Durango, exaltó las virtudes y el patriotismo del que fuera cura de Santa Cruz (Fresnillo), José Francisco Álvarez, y le da el título de “héroe inmortal”. Gandarilla atribuyó el aplastante triunfo de los realistas sobre los insurgentes a un “arte del cielo, por un verdadero milagro” (Rodríguez, 1977: 306-310).

Álvarez fue sanguinario y bien conocido por el odio profesado contra los insurgentes. Si estaba convencido de que sus prisioneros pertenecían al bando contrario, los mandaba fusilar, incluso aún si se trataba de mujeres embarazadas. No se tentaba el corazón al emprender en contra los propios miembros de la grey eclesiástica: el Cura Chicharronero no tenía piedad ni aún con los de su misma clase clerical. En el juicio que por infidencia se le abrió al bachiller José Miguel Márquez, subdiácono, la figura del cura Álvarez fue determinante en el galimatías del bachiller. El sufrimiento y las incomodidades fueron extensivas para la madre de Márquez, quien compareció ante la justicia de Zacatecas al referir que su hijo había sido inculpado de infidente por el comandante del ejército realista de la división de la Nueva Vizcaya, don Manuel de Ochoa (AHEZ, 1811; AHEZ, 1811-1812). Lo anterior tan sólo porque su hijo había sido compañero de colegio del insurgente Rafael Iriarte por lo que Miguel fue objeto de “hablillas de personas malquerientes”. Cuando se comprobó que no había tenido relación ni “malas compañías” con dicho personaje, Ochoa le dejó en paz por un breve tiempo (Burciaga, 2007: s.p.). Sin embargo, Francisco Álvarez arremetería más tarde contra Miguel.



José Francisco Álvarez se convirtió en el azote de los insurgentes y recayó también con furia sobre los sospechosos de infidencia. El caso más notorio fue contra el intendente provisional de Zacatecas, don Miguel Rivero, rico dueño de la hacienda de Santiago –localizada en el territorio de Villanueva, 20 leguas al sur de las minas de Zacatecas– y poseedor del título de Conde de Santiago de la Laguna. Los informes tendenciosos de Álvarez fueron la causa de que Félix María Calleja mandara a perseguir y hostigar al Conde, siendo objeto de pesquisas, prisiones y requisiciones. Señalaba Álvarez que este era instigador de la revolución y protegía a los adictos a la insurgencia en su hacienda de Santiago; decía a Calleja: mientras no se castigue a dicho Conde, todas las poblaciones del distrito de Villanueva se verán siempre assoladas por los chinacates (Amador, 2010).

Todavía en las reminiscencias de la lucha un 14 de octubre de 1814, el cura comandante estaba en la Hacienda de la Jaula, Pinos, haciendo mancuerna con el capitán Santiago Galdamez. En esa ocasión los insurgentes casi acabaron con el cuadro realista, dispersándolo, pero Álvarez, logró escapar con vida (Rodríguez, 1977: s.p) haciéndose mayor fama como persona sanguinaria y cruel. Los propios realistas lo toleraban, pero muchos de ellos no lo soportaban por conflictivo y altanero: “ya se hace insufrible el tal cura general”, se quejó el General Cruz con Calleja (Amador, 2010: 74).

Vivió para contar más de una aventura, ya que su incursión por los campos, las poblaciones, villas y rancherías zacatecanas tenía bien conocida su reputación de perseguidor y arremetedor contra todo y todos aquellos que se movieran en pro de la causa insurgente. Elías Amador da cuenta puntual de todas las correrías, batallas, fusilamientos, ahorcamientos y condenas. A su vez, fue también uno de los principales jefes en la toma de la plaza de Zacatecas, el 16 y 17 de febrero de 1811 hasta que en Colotlán cayó derrotado y herido el 27 de marzo de 1811. En los primeros días de junio hizo campaña en Tlaltenango y luego en Villanueva donde hizo fusilar sin juicio previo a un grupo de chinacates insurgentes. El 10 de junio llegó a Jerez a preparar otra persecución de insurgentes en Colotlán, donde había sido derrotado. El 20 del mismo mes marchó nuevamente a Villanueva, La Quemada y Palomas. En el primer punto fusiló a siete chinacos; mandó a que se le dijera a un jefe realista de apellido Medina el lacónico mensaje “hoy mismo los paso por las armas”, antecedente de la famosa orden del presidente Porfirio Díaz: “mátalos en caliente”. El 4 de agosto, Álvarez llegó al rancho El Garabato, de la jurisdicción de Ojocaliente y sus fuerzas acabaron con la vida de 400 insurgentes, decomisaron 40 fusiles, un cañón, lanzas, caballos, mulas, harina, víveres, alhajas de oro y plata y cuatro estandartes. Al día siguiente dirigió a sus unidades a Pabellón para cortar la retirada del resto de la fuerza insurgente en huida rumbo a Aguascalientes, donde aprisionó y fusiló a cinco jefes rebeldes. Además, mandó a rapar las cejas a las mujeres y los niños chinacos que acompañaban a los insurgentes. A raíz de estas tropelías del Cura Chicharronero, apareció un pasquín:

Los prisioneros tan bajos
Vinieron a asegurar
Que el capitán de los majos [Álvarez]
tan solo sabe pelear
con hembras y con andrajos.
Omitan el estilito
de matar al desdichado,
no está el cuento bonito;



Y si hasta aquí hemos callado
daremos todos el grito (Amador, 2010: 74).

A finales de agosto de 1811, Álvarez huye a Zacatecas debido a una reagrupación insurgente en Aguascalientes. El 28 de ese mes salió rumbo a San Pedro Piedra Gorda junto con el coronel José López. A mediados de octubre salió a Nochistlán a combatir las fuerzas del insurgente Rafael López de Oropeza donde ahorcó a dos indios, uno llamado Dolores y otro “el Degollador.” En octubre de 1812, Álvarez recibió órdenes de acudir a las barrancas cercanas a Guadalajara a combatir a otro piquete de insurgentes. En 1813, el tremendo cura coronel pidió a Félix María Calleja su retiro de la vida militar porque ya estaba enfermo y cansado de perseguir y matar insurrectos. Solicitó también una prebenda en la catedral de Durango, pero el virrey sólo le concedió que se quedara en Zacatecas agregado al Batallón Provincial con un sueldo de Capitán de Dragones y honorarios de canónigo, todo esto considerando que sueldo era el de un teniente coronel (Amador, 2010).

Pero la vida militar de Álvarez no terminaba ahí. Como ya se señaló, en octubre de 1814, estaba en campaña en Pinos. En consulta al capitán García Conde, el cura coronel pidió su opinión para arrasar, desaparecer los ranchos de Bernalejo, Jaulas, Tepetate, Castellanos y otros, porque ahí estaban tlachiqueros fabricantes de vino que se habían insurreccionado. Sin embargo, luego dirigió sus tropas intempestivamente a Colotlán a contener las incursiones de un insurgente de apellido Hermosillo (Amador, 2010: s.p.).

La carrera del siempre fiel soldado y cura realista terminó en tierras zacatecanas. En marzo de 1820 fue, al fin, promovido a una dignidad en la catedral de Durango. El gobierno le mandó pagar de las Cajas Reales de Zacatecas los alcances que le debían, como capitán, comandante y coronel, cargos que había ostentado durante la lucha armada. Saltó el vallado de la historia del México español al México independiente para tener una discreta participación política en Durango. Desde ese lugar envió, a tono con una nueva situación política, una conveniente carta al alcalde constitucional de la ciudad de Zacatecas para decirle que los europeos radicados en la ciudad de Durango perjudicaban al nuevo gobierno, desprestigiándolo entre la gente ignorante y campesina (Amador, 2010). En octubre de 1821, Vicente Gastañeta, mencionado anteriormente, aparece como representante legal del Cura Chicharronero y de los sucesores y albaceas de don Domingo de Perón en la cobranza de pesos en oro que debía don Sinecio Gallegos. (Enciso, 2010)

Métodos y técnicas de trabajo

Revisión bibliográfica y hemerográfica para conformación del marco conceptual con el uso de algunas fuentes documentales históricas provenientes del Archivo Histórico del Estado de Zacatecas. Se utilizó el método comparativo de las trayectorias de vida y militares de los dos agentes históricos sujetos de la ponencia.

Resultados

La integración de un pasaje de la historia de Zacatecas en el contexto del inicio de la revolución de independencia de 1810, a partir de la trayectoria militar de dos militares, uno del bando del ejército realista y otro del ejército insurgente.



Discusión

La revolución de independencia, al presentarse como legitimación de ideales frente a la autoridad española, arrastró a muchos hombres y mujeres, los cuales, en gran cantidad, se verían envueltos en la vorágine de la opinión popular con el atuendo poco agradable de antihéroe, mito opuesto al del héroe, y confiriendo otro significado, otra personalidad a figuras históricas. Tal es el caso de los dos personajes incluidos en la presente ponencia. Resultan ser claves en la historia del conflicto de la guerra independentista en el ámbito regional de Zacatecas, debido a que ese tuvo su mayor intensidad en la zona durante el periodo 1810-1813.

Conclusión

Zacatecas fue un escenario clave en la lucha primigenia por la autonomía y más tarde la independencia de la Nueva España. Rafael Iriarte y José Francisco Álvarez son dos ejemplos, entre muchos otros, de personas que lucharon en ambos bandos y que pasaron a formar filas como agentes históricos sin nombres y apellidos, los anónimos. El Cabo Leyton y el Cura Chicharronero irradiaron más sus defectos que sus virtudes. Sus ambiciones se reflejaron en sus acciones de pasión revolucionaria, en su bando militante. Ambos, apóstatas irrestrictos pero fascinantes, dañosos fantasmas de la galería de héroes, sombras, uno fuera una de la fidelidad del rey, otro dentro pero discrepante. Personajes reaccionarios con virtudes críticas y subversivas de la reacción inteligente (Savater, 1997).

Otros nombres también pulularon en los campos de batalla y en las negociaciones y consecuencias de la revolución iniciada en 1810. Uno de esos personajes poco estudiados y que también ostentan el (¿deshonroso?) título de antihéroe, fue el español don Ángel Avella, administrador de correos en la ciudad de Zacatecas. Él salvo su vida en los primeros remolinos de la guerra, gracias a la intervención del Conde de Santiago de la Laguna. Avella huyó a Chihuahua donde olvidó el episodio de Zacatecas. No tuvo empacho para desempeñar el cargo de fiscal de la causa contra Miguel Hidalgo. Después, Avella regresó a Zacatecas a continuar ejerciendo su cargo anterior. Fray José María Rojas, del convento de Guadalupe, Zacatecas, fue notario de Avella en la causa contra Hidalgo; proporcionó los últimos servicios espirituales a petición del mismo Padre de la Patria. Otros: Ramón y Manuel Mariano Garcés, fray Carlos Medina, franciscano y fray Ignacio Jiménez, todos vecinos de la intendencia de Zacatecas, cayeron prisioneros en Norias de Baján junto con los caudillos Hidalgo, Allende y Aldama (Amador, 2010: s.p.). Estos son también casos poco estudiados. ☸



Referencias

A) Documentales:

Archivo Histórico del Estado de Zacatecas (AHEZ), Poder Judicial, Criminal:

- Miscelánea sobre denuncias de varios delitos que se le imputan a Vicente Camacho, alférez real de esta ciudad, dirigida a la Junta de Seguridad y Requisición, 6 de diciembre de 1810-27 de agosto de 1811, 17 ff.
- Autos de la causa por indicios de sedición e infidencia contra el bachiller y subdiácono de la villa de Jerez José Miguel Márquez, 1811-1812, 29 ff.
- Solicitud del bachiller José Miguel Márquez clérigo subdiácono de este obispado y se le reciba información para probar la inocencia del delito de infidencia, 1811, 22 ff.
- Denuncia de Joaquín Bolado contra Francisco Castañeda e Isidro Torices, por saqueo de su tienda en la insurrección, 16 de abril de 1811-25 de agosto de 1814, 57 ff.

B) Bibliográficas y hemerográficas:

AMADOR, ELÍAS (2010). *Bosquejo Histórico de Zacatecas*. Tomo segundo. Zacatecas: Edición del Ayuntamiento de Villa de Cos 2007-2010.

- (2011). *Noticias biográficas de insurgentes apodados*. Zacatecas: Taberna Libraria Editores/Instituto Zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde”.

BURCIAGA CAMPOS, JOSÉ ARTURO (2007). *El juez, el clérigo y feligrés. Justicia, Clero y Sociedad en el Zacatecas Virreinal*. Zacatecas: Tribunal Superior de Justicia del Estado de Zacatecas (Serie Medios Preparatorios/4).

CASTRO, FELIPE (2003). “La introducción de los disidentes en la historia de México”, *Disidencia y disidentes en la historia de México*. México: UNAM.

CHUST MANUEL y MÍNGUEZ, VÍCTOR (eds.). (2003). *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*. Valencia: Universitat de València/Colegio de Michoacán/Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa/Universidad Veracruzana.

CHUST, MANUEL (coord.) (2007). *1808 La eclosión juntera en el mundo hispano*. México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México (Fideicomiso Historia de las Américas, Serie Estudios).

ENCISO CONTRERAS, JOSÉ (2010). Víctor Rosales. *Nueva historia de un patriota*. Zacatecas: Tribunal Superior de Justicia del Estado de Zacatecas.

MENDOZA PIZARRO, JAVIER (2009). *Quitacapas. Los sucesos revolucionarios de 1809 en el Alto Perú a través de la participación de un antihéroe ignorado*. La Paz: Plural Editores.

QUIRARTE, CLOTILDE EVELIA (1960). *Nochistlán de Zacatecas. Cuatro siglos de su vida*, México: Secretaría de Educación Pública.



RODRÍGUEZ FLORES, EMILIO (1977). *Compendio Histórico de Zacatecas*. 2ª edición. México: Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación.

SAVATER, FERNANDO (1997). *Apóstatas razonables*. Xalapa: Universidad Veracruzana.

C) Electrónicas (Internet)

BENJAMÍN ARREDONDO (2016). “El cabo Leiton más que un héroe un villano de la insurgen-
cia”, en *Cabezas de águila. Recorriendo la ruta de Hidalgo en el Bicentenario*. Recupera-
do de cabezasdeaguila.blogspot.com.

Contacto del colaborador:

José Arturo Burciaga Campos <burciagacampos@gmail.com>

